

BENISA SÁNCHEZ HOPXINOS



REINETAS ASADAS



PRIMERA PARTE

PREÁMBULO

De octubre de 2005 a mayo de 2019, he recorrido un camino emocional y psicológico extenso, que cobra sentido a propósito de la vejez como opción inexorable de vida.

Soy y seré siempre una inmigrante. Me he casado una vez más, y me he divorciado una vez más. He trabajado como cuidadora, he podido reconocerme a mí misma como una persona que, si llega a la ancianidad, tendré situaciones difíciles y dolorosas, y he aprendido a apreciar cosas que antes de esta experiencia no apreciaba.

Siento que la sociología es probablemente lo que más me ha ayudado a sobrevivir, a comprender la vivencia de lo que es y significa el servicio a las personas, para captar su grandísima importancia social.

He podido ver de cerca que los hijos no son compañía segura, y a perder el miedo a estar sola en la vejez; he corroborado que los viejos estorban: lo decía mi abuela, y lo he visto. He estado con gente que lo siente y lo llora. También he podido constatar que la vejez es la reafirmación de nuestras debilidades como seres humanos, y que existe rechazo de lado y lado, pero solapado.

Que muchísimas veces el «amor» está sujeto a nuestra participación. He visto cómo la presencia en silencio es tomada como algo raro. He escuchado cosas como que «Este está más muerto que vivo», sin plantearse que padece y cómo. He sido testigo presencial de procesos de muerte, cortos y largos, y de la falta de respeto hacia eso, creo que por ignorancia supina.

He palpado también el desconocimiento con respecto a la vida y a la muerte. y de ese eslabón tan frágil que las separa. He presenciado cómo personas que no tienen demencia senil, ni Alzheimer, muchas veces actúan como locas solo por dolor espiritual. Creo que ha valido la pena esta experiencia de vida, que además ha sido de las más importantes de mi existencia. He llegado a querer y a odiar a ancianos; y me he visto reflejada cuando yo pudiera llegar a tener esa edad: han sido mis espejos, y eso me ha conmovido considerablemente.

Estos cuentos van de cómo se encuentran dos grandes vulnerabilidades: la vejez y la inmigración. Cómo cada quién vive un proceso doloroso, y al juntarse existe la posibilidad de una empatía. Van de cómo lo he vivido. De cómo he compaginado a la inmigrante con la cuidadora. De cómo me he acostumbrado a vivir en un pueblo, y de qué manera lo valoro hoy día. Y de cómo una pequeña población puede ser un infierno. De qué manera manejar más allá de lo simple, que las barreras que sostenemos nosotros son colocadas por el poder. Cómo

llegar a comprender que tanto los ancianos, como los inmigrantes, como los nacionales en general, somos instrumentos sociales, y conformamos un negocio del cual participamos, pero que no nos proponemos en forma deliberada. De cómo se unen y se diversifican, y la manera que, aunque no se perciba, cada quien crece y sufre por su lado.

Las diferencias no son por la inmigración, sino por la formación; no solo educación, sino ética y espiritualidad. Y siento que con la vejez ocurre algo similar.

A lo largo de estos cuentos, aparecen distintos personajes que son tocados por los años, y por el tipo de educación y de adecuación a una situación, o por la incompreensión de dicha situación. Asimismo aparecen personajes que son tocados por diferencias culturales, generacionales y, por qué no, espirituales.

Hubo una primera oleada de inmigrantes en Venezuela, que comenzó en el año 2004, producto de una lista de cuatro millones de venezolanos que firmamos en dos oportunidades para que fuese posible un referéndum revocatorio. En el año 2005 yo trabajaba en el ayuntamiento de la ciudad de Mérida en Venezuela, y a todos los que allí trabajábamos nos echaron cuando llegó el nuevo alcalde: aquello era inevitable. En consecuencia me fui a trabajar a una ONG como facilitadora de talleres, en proyectos para distintas comunidades de la región, hasta que el régimen les advirtió a las ONG

que no recibirían más dinero, y les advirtió a las entidades privadas que aún existían que se cuidaran, que no querían a personas que estuviesen en aquella lista. Ya en cuatro años eran evidentes los abusos y el exceso de militares en cargos de poder. La susodicha lista era manejada como un arma punzante para impedir que los que nos encontrábamos en ella pudiésemos ser despedidos o inhabilitados para ejercer cualquier empleo; la llamaban *Lista Tascón*, que era el apellido de quien lideró todo el movimiento. Tiempo después comprendí que aquello fue de gran ventaja al menos para mí, ya que de lo contrario la experiencia migratoria no habría sido igual. En cualquier caso, ha sido una experiencia profundamente enriquecedora desde todo punto de vista. Además, no he tenido que vivir la tragedia socioeconómica más espantosa de Venezuela.

En la anteriormente mencionada ONG, había una compañera abogada, de Mérida (Venezuela), que se encontraba en una situación similar a la mía, y además había conocido a una chica vasca, cooperante, muy joven, con la que estaba en constante comunicación. En distintas conversaciones que teníamos, yo le propuse que le preguntara las posibilidades que podía haber de que nos orientara un poco y nos lanzara un cable para escapar al País Vasco. La chica naturalmente le dijo que ella nos podía echar un cable, pero que sería imposible que ejerciéramos nuestras profesiones. Eso sí, a través del cura

de su parroquia, el cura de Cáritas y su equipo nos podrían incorporar al cuidado de personas mayores.

Desde el momento en que llegamos hasta que la chica vasca nos consiguió la cita, pasaron tres semanas, durante las cuales nos dedicamos a visitar todo lo que podíamos; el otoño estaba en plena explosión y aquello fue fantástico. En realidad, la tardanza fue debida a que, por aquel entonces, llegaba una gran cantidad de aviones cargados de mujeres procedentes de Bolivia, que venían a cuidar personas mayores. Tanto fue así que, al cabo de muy pocos meses, salió una resolución del gobierno español de turno, para pedirle visa a los bolivianos y parar un poco aquella avalancha.

Realmente el cura fue muy amable conmigo, y además muy cuidadoso en su andar, tanto es así que no me discriminó por ser una mujer que tenía un perfil distinto al de la mayoría de las que en ese momento llegaban aquí de otros países de América Latina. Yo no venía hipotecada, y sin embargo él me consiguió los cuatro trabajos, que son las primeras cuatro experiencias que relato a lo largo de estos cuentos.